

su faz verdinegra. Vicenta sirvió el arroz con leche. Después de saborearlo, rezamos las gracias.



Por la mañana, enjaezada ya la yegua, y calzadas las espuelas, entré á despedirme de mi tía y á saber si mandaba algún piadoso recado para San Roque, pues era aquel su milagroso día. Sentada á un extremo del sofá hallé á mi tía, examinando su gran cuaderno de cuentas, abierto sobre sus rodillas; ante ella, con las manos cruzadas á la espalda, estaba el padre Casimiro sonriendo pensativo á las flores de la alfombra.

—¡Venga acá, venga acá—me dijo el buen sacerdote apenas asomé en la puerta,—sepa la novedad...

Sonref inquieto. La tía cerró su cuaderno.

—Teodorico—comenzó ella cruzando los brazos y muy rápida,—Teodorico, acabo de consultar con el padre Casimiro; y estoy decidida á que alguien que me pertenezca, que sea de mi sangre, vaya peregrinando por mi intención á Tierra Santa.

—Es usted un hombre afortunado, Teodorico,—murmuró el padre Casimiro resplandeciente.

—Así, pues,—prosiguió la tía,—está convenido, y te lo advierto para tu conocimiento, que irás á Jerusalem y á todos los Divinos Lugares. Excusas de agradecerme. Es para bien de mi alma y para honrar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, ya que yo no puedo ir... Como, alabado sea Nuestro Señor, no me faltan medios, has de hacer el viaje con toda suerte de comodidades; y para no estar con más dudas, y por la prisa de agradar á Nuestro Señor, todavía quiero que partas en este mes... Ahora vete; tengo que seguir hablando con el padre Casimiro. No quiero nada para el señor San Roque: ya me entendí con él.

Balbuocé:

—Está bien, tía. Adiós, padre Casimiro.

Salí aturdido. Una vez en mi cuarto, corrí al espejo para contemplar este rostro y estas barbas

donde en breve había de posarse el polvo de Jerusalem. Después caí sobre la cama.

—¡Qué fastidio de viaje!

¡Ir á Jerusalem! ¿Y dónde era Jerusalem? Abrí el baúl donde tenía mis compendios y mi ropa vieja; cogí un Atlas: con él, abierto sobre la cómoda, delante de Nuestra Señora del Patrocinio, comencé á buscar Jerusalem. Mi dedo errante sentía ya el cansancio de una larga jornada. De repente, el nombre de Jerusalem surgió negro, en una vasta soledad blanca, sin nombres, sin arenas, desnuda, junto al mar. Allí estaba Jerusalem. ¡Dios mío! ¡Qué remoto, qué yermo, qué triste!

Pero entonces comencé á considerar que para llegar á aquel suelo de penitencia, era preciso cruzar regiones amables, femeninas, llenas de fiesta. Una gran claridad iluminó mi alma. Y grité dando sobre el Atlas un gran puñetazo, que hizo estremecer á la castísima señora del Patrocinio, y á todas las estrellas de su corona.

—¡Caramba, cómo voy á correrla!

Recelando que mi tía, por avaricia de su dinero, ó por desconfianza de mi piedad, renunciase á la idea de aquella peregrinación que tantos goces me prometía, resolví ligarla sobrenaturalmente por una orden divina. Fui al oratorio; me alboroté el pelo, como si por entre él hubiese pasado un soplo celeste, y corrí al cuarto de la tía, jadeante, con los brazos trémulos y en alto.

—¡Ay, tía, lo que acaba de pasarme! Estaba en el oratorio rezando de satisfacción, cuando de repente me pareció oír la voz de Nuestro Señor que, de lo alto de la cruz, me decía muy quedo y sin moverse: «¡Haces bien, Teodorico, haces bien en ir á visitar mi Santo Sepulcro... Estoy muy contento de tu tía... Tu tía es de las mías!...»

Ella juntó las manos con un fogoso transporte de amor.

—Alabado sea Dios y su Santísimo Nombre...

¿De veras ha dicho eso? Ya ves como Nuestro Señor sabe que es para honrarle por lo que te

mando. ¡Alabado sea en tierra y cielo! Anda, hijo, rézale, rézale.

Salí murmurando un padrenuestro. Mi tía corrió á la puerta diciendo en una efusión de simpatía:

—Mirarás si tienes bastante ropa blanca, Teodorico. Tal vez te hagan falta calzoncillos. Gracias á Nuestra Señora del Rosario tengo posibles, y quiero que vayas con decencia y te presentes bien en el Sepulcro de Nuestro Señor.

La noticia de mi viaje no tardó en divulgarse. Una mañana leí, rojo de orgullo, estas líneas honoríficas que insertaba el *Diario de las Novedades*: «Parte brevemente para visitar Jerusalem y todos los Santos Lugares en que padeció el Redentor, nuestro amigo Teodorico Raposo, sobrino de la excelentísima señora doña Patrocinio de las Nieves, opulenta propietaria y modelo de virtudes cristianas. Deseámosle un feliz viaje». La tía, desvanecida de gozo, guardó el diario en el oratorio, debajo de la peana de San José. Yo me alegré presumiendo el despecho de Adelina que, como lectora fiel del *Diario*, no dejaría de ver la noticia y rabiaría al suponerme lleno de oro, olvidado de ella y caminando por esas tierras musulmanas, donde á cada paso se encuentra un serrallo mudo y oliendo á rosas, entre sicomoros.

La víspera de la partida, todos los fieles amigos de mi tía acudieron á despedirme. Como la ocasión era tan solemne se les recibió en la sala de los damascos. Justino me contemplaba como se contempla una figura histórica.

—¡Oh, Teodorico, qué viaje! ¡Lo que se va á hablar de esto!

Entonces pregunté á mis leales amigos qué recuerdos deseaban de aquellas tierras devotas donde viviera el Señor. El padre Piñeiro quería un frasco de agua del Jordán. En cuanto á Justino, que ya me había pedido un paquete de tabaco turco en el hueco de la ventana, delante de la tía solamente deseaba un ramo de olivo del huerto de Getsemaní. El doctor Margaride se contentaba con una buena

fotografía del sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Una fotografía que pudiese ponerse en marco!

Después de apuntar en la cartera estas piadosas incumbencias, me volví hacia la tía, risueño, cariñoso, humilde.

—Yo —dijo ella del medio del sofá como en un altar y tesa en sus sedas domingueras,—lo que deseo es que hagas este viaje con toda devoción, sin dejar piedra que besar, ni perder novena... Además de eso, también deseo que tengas salud.

Me acerqué, y en su mano brillante de anillos, deposité un beso de gratitud. La tía, después de pasar el pañuelo de encajes por los labios sumidos, prosiguió con más autoridad y con una emoción creciente:

—Ahora quiero decirte para tu gobierno una sola cosa.

Todos en pie, y reverentes, esperamos, suponiendo que la tía se preparaba á proferir una palabra suprema. En aquella hora de separación, rodeada de sus sacerdotes, rodeada de sus magistrados, doña Patrocinio de las Nieves iba, seguramente, á revelar cuál era el motivo, hasta entonces secreto, por qué me mandaba como sobrino y como romero á la ciudad de Jerusalem.

—Oyeme atentamente—empezó diciendo la tía.— Si entiendes que merezco alguna cosa por lo que tengo hecho por ti desde que murió tu madre, ya educándote, ya vistiéndote, ya dándote yegua para que paseases, ya cuidando de tu alma, entonces tráeme de estos Santos Lugares una santa reliquia, una reliquia milagrosa que pueda llevar siempre conmigo y que me consuele en mis penas y me cure en mis enfermedades.

Por vez primera, después de cincuenta años de aridez, una lágrima breve corrió por las mejillas de doña Patrocinio de las Nieves.

El doctor Margaride, vuelto hacia mí, exclamó arrebatadamente:

—¡Teodorico, qué amor le tiene su tía! ¡Rebusque esas ruinas; escudriñe ese sepulcro! ¡Traiga una reliquia á su tía!

Yo prometí exaltado:

—Tía, palabra de Raposo que he de traerla una gran reliquia.

Por la severa sala de damasco se desbordó, ruidosa, la conmoción de nuestros corazones. Yo me hallé con los labios de Justino, todavía almibarados de la torrada, pegados á mi barba.

Temprano, muy temprano, á la mañana siguiente, domingo, 6 de Septiembre y día de Santa Libania, fui á llamar al cuarto de la tía, aun adormecida en su lecho castísimo. Sentí sobre la alfombra aproximarse el blando son de sus chinelas. Entreabrió púdicamente la puerta; y, seguramente en camisa, alargó por la abertura su mano descarnada, lívida, oliendo á rapé. Sentí tentaciones de morderla, y puse en ella un beso baboso. La tía murmuró:

—Adiós. Hazle mis saluciones al Señor.

Bajé la escalera, calado el capacete de corcho con que debía atravesar el desierto, y la *Guía de Oriente* en la mano. Detrás de mí bajaba Vicenta sollozando.

Mi maleta nueva de cuero y mi repleto saco de lona llenaban el coche del *Pingallo*. Todavía algunas golondrinas retardadas cantaban en el alero de los tejados. En la capilla de Santa Ana tocaban á misa; y un rayo de sol, viniendo de Oriente, viniendo de allá de Palestina, me bañó el rostro, amable y risueño como una caricia del Señor. Monté en el coche y grité:

—Arrea, *Pingallo*.

Y echando al aire el humo de mi cigarro, dejé la casa de mi tía, caminando hacia Jerusalem.

II

Fué un domingo, día de San Jerónimo, cuando mis pies latinos pisaron por primera vez la tierra de Alejandría. ¡La tierra de Oriente sensual y religiosa! Yo di las gracias á Dios Nuestro Señor por haber hecho hasta allí un viaje feliz; y mi compañero, el ilustre Topsisius, doctor alemán por la Universidad de Bonn, socio del *Instituto imperial de excavaciones históricas*, murmuró, grave como en una invocación, abriendo su gran quitasol verde:

—¡Egipto, Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. Séame propicio tu Dios de la Historia, inspirador de la obra de Arte y de la obra de Verdad.

A través de aquel zumbido científico, yo me sentía envuelto en un vaho tibio, como de estufa, adormecedor y perfumado con aromas de sándalo y de rosa. Desde el primer momento, amé aquella tierra de indolencia, de sueño y de luz. Y montando en el coche que debía conducirnos al «Hotel de las Pirámides», invoqué á las Divinidades como el ilustre doctor Bonn:

—¡Egipto, Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. X que me sea propicio...